

# La socialización marginal entre los criados. Análisis de una relación a través de algunos ejemplos presentes en el *Guzmán de Alfarache*

Ana Inés RODRÍGUEZ GILES  
Universidad Nacional de La Plata  
anarodriguezgiles@hotmail.com

Recibido: 19 de marzo de 2011  
Aceptado: 22 de junio de 2012

## RESUMEN

Durante la temprana modernidad aquellos pobres que no se podían incrustar en el mercado laboral fueron obligados a trabajar, por lo que algunos se insertaron en ocupaciones de servicio que no eran siempre económicamente productivas, sino que servían a la reproducción del status de sus amos. Nuestro estudio tiene por objetivo analizar la ilustración presente en el *Guzmán de Alfarache* (1599-1604) acerca de este fenómeno. Esta novela –que por ser un texto literario permite observar una concepción social– exhibe las formas de socialización que existían entre los mozos en el espacio doméstico, donde reproducían las conductas marginales en el marco de socialización “no marginal” que les era impuesto.

**Palabras clave:** Picaresca, marginalidad, trabajo, socialización.

## The marginal socialization among the servants: some examples in the novel *el Guzmán de Alfarache* (1599-1604)

## ABSTRACT

During the early modern ages poor people who couldn't enter into the labor market were forced to work. Some of them were inserted in service occupations, which were not always economically productive, but they were used to reproduce their masters' status. Our study aims to analyze some examples on this phenomenon in *el Guzmán de Alfarache* (1599-1604). This novel –which as literary text serves to observe a social reality–, shows the ways of socialization that existed between the *mozos* in the domestic space, where they reproduced marginal behaviours in a 'non marginal' socialization environment that was imposed on them.

**Key words:** Picaresque, marginality, work, socialization.

El proceso de pauperización que tuvo lugar en la Península Ibérica a fines de la Edad Media produjo una masa de pobres que no podían reinsertarse en el sistema social en la condición de campesinos que hasta entonces habían tenido y que tampoco conseguían entrar en las nuevas relaciones económicas<sup>1</sup>. Los sectores dirigentes se alarmaron ante este fenómeno que, además, atentaba contra el sistema de acumulación, razón por la cual emitieron un importante corpus de leyes para obligar a trabajar a los pobres sin ocupación. Se perseguía que ellos se establecieran territorialmente y subordinaran a la autoridad de un amo. Sin embargo, el cumplimiento de dichas normas fue dificultoso por el carácter trashumante de estos hombres, pues el poder partía de la idea de fijación en el espacio para controlarlos.

Existían diversas clases de criados, dedicados a variadas funciones y con grados de cercanía y fidelidad al patrón también disímiles<sup>2</sup>. Encontramos algunos ocupados en la agricultura, quienes tenían una clara función económica, además de social, dentro de la estructura doméstica. Este tipo de empleados se capitalizaba con el tiempo a través del aprendizaje de las tareas agrícolas, fenómeno que también encontramos en aquellos que se encargaban de controlar la economía de su señor<sup>3</sup>. Otros ganaban importancia en la casa a través de labores en las que el aprendizaje implicaba un capital menor respecto al valor que ganaban a través de la fidelidad debida al amo. Sin embargo, también había criados cuya relevancia radicaba en su ostentación como bienes de lujo, aquellos de “escaleras abajo”<sup>4</sup>, cuya función implicaba un aprendizaje y lealtad poco apreciables respecto a los anteriores, por lo cual su retribución resultaba menor y su circulación más fluida<sup>5</sup>. Este último tipo de servidores nos ocupará exclusivamente en las siguientes páginas.

Entre estos hombres podemos identificar al pícaro, que constituía un tipo específico de marginal porque no generaba mercancías y sobrevivía —en parte— a través de actividades relacionadas con el servicio doméstico. De ese modo, también construía el status de su amo, siendo contratado por la baja nobleza y la burguesía urbanas, que lo utilizaban como instrumento de ostentación para erigir la imagen de su poder. Aquí encontramos una contradicción, ya que un actor marginal de la sociedad se convertía en una parte de la configuración del status de un individuo de clase superior. El marginal constituía, en este contexto, un objeto no cualificado para la contratación temporal<sup>6</sup>, actuando en este sistema como servidor que se encuadraba ocasionalmente

<sup>1</sup> Una de las causas que nutría esta marginalidad radicaba en el empobrecimiento de los campesinos, que no podían ser absorbidos como mano de obra por el capitalismo incipiente con la misma velocidad con que eran expulsados de sus tierras. En la Península Ibérica, este proceso de pauperización dentro del propio sistema feudal tuvo lugar entre los siglos XIV y XVI, como consecuencia de la pulverización de la propiedad campesina ya fuera por la acumulación de tierras por parte de los señoríos, los sucesivos fraccionamientos hereditarios, la adquisición de tierras por parte de residentes urbanos, la polarización social dentro de la clase campesina o la limitación del uso de las tierras comunales. Todo esto provocó por un lado la reducción de la capacidad productiva del campesinado y por otro excluyó a una fracción de este sector de las relaciones tributarias.

<sup>2</sup> CARLÉ, M.C.: “La sociedad castellana en el siglo XV: Los criados”, *Cuadernos de Historia de España*, Nº LXIX, Buenos Aires, 1987, p. 121.

<sup>3</sup> DUBERT, I.: “Criados, estructura económica y social y mercado de trabajo en la Galicia rural a finales del Antiguo Régimen”, *Historia Agraria* Nº 35, Murcia, 2005 y CARLÉ, M.C.: *op cit*, p. 120.

<sup>4</sup> CARLÉ, M.C.: *op cit*, p. 120.

<sup>5</sup> CARLÉ, M.C.: *op cit*, p. 120.

<sup>6</sup> VILAR, P.: *Crecimiento y desarrollo*. Barcelona, 1993, p. 343.

en la clientela de un señor. La existencia itinerante y desvinculada de estos hombres impedía que mantuvieran relaciones estables entre ellos y con el resto de la sociedad, causando la ruptura de esta clase de vínculos, con mayor o menor celeridad.

Los mozos tienen así una función de reproducción del capital social de sus amos<sup>7</sup>. Durante la Edad Media, los criados eran elegidos entre la nobleza, así, un señor amparaba a un joven que pertenecía a un sector algo inferior al suyo, lo educaba y de este modo le brindaba la posibilidad de ascender socialmente dentro del propio estrato. Estos criados podían y solían tener funciones militares, pero fundamentalmente se integraban a la familia del señor y respondían por él. En la modernidad la institución de la crianza sufrió modificaciones, en concordancia con la dinámica social. Si bien en algunos casos los criados provenían de sectores cercanos a quien los tomaba (puede ser el caso de los criados rurales), cuando pensamos en quiénes eran contratados por la baja nobleza y burguesía urbanas podemos encontrar desclasados marginales a su servicio.

La novela picaresca expone la representación que los autores tenían de los marginales, cuadro que constituye una refracción de la realidad, en un discurso didáctico y preventivo, que tiene relación con los proyectos de los reformadores<sup>8</sup>. Además, estas obras podían responder a la demanda de los lectores y de los mecenas, vale decir, a la perspectiva de estos grupos. Sin embargo, siempre que consideremos el carácter ficticio y la función de formación de ideología que posee la literatura, podemos valorizar este tipo de textos para el análisis microsocioal de la representación de ciertas conductas de los pícaros, según la apreciación que una parte de la sociedad tenía acerca de ellos.

En las siguientes páginas pretendemos indagar sobre la representación de las relaciones que establecen los criados domésticos dentro de una casa, así como los vínculos entre aquellos hombres y su amo. Analizaremos por qué el trabajo de servicio, lejos de cambiar las conductas subversivas de los marginales, exacerba ciertas características de esta condición, ya que la casa del señor acaba por convertirse en un ámbito de socialización marginal que funciona en el seno de un área integrada socialmente. Con este fin examinaremos algunas prácticas de los diversos actores sociales retratados en la primera parte de el *Guzmán de Alfarache* (1599-1604) (a partir de aquí el *Guzmán*).

La obra expone minuciosamente las vicisitudes de la existencia de un joven que sale de la casa materna por su voluntad -aunque en una situación de empobrecimiento relativo-, su paso a la vida picaresca y su -consecuente e inevitable, según el autor- conversión en un delincuente que en el presente de la narración está arrepentido. Esta autobiografía ficticia expone una mirada condenatoria de los desviados y marginales, entre quienes se inscribe Guzmán. Nos referimos a la desviación del protagonista, ya que el personaje no es marginado como consecuencia de una situación de pobreza, sino que conoció la integración social<sup>9</sup>; tampoco es compulsado a salir de las estruc-

<sup>7</sup> MARAVALL, J.A.: *La literatura picaresca desde la historia social*. Madrid, 1987, p. 213.

<sup>8</sup> MARAVALL, J. A.: *op cit*, p. 14.

<sup>9</sup> Sobre la diferencia entre marginalidad y desviación Vid. GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, J.C. : "Marginación y picaresca en el proceso de cambio de la sociedad tradicional", *Homenaje a José Antonio Maravall 1911-1986*. Valencia, 1988, pp. 151-165.

turas que lo contenían, sino que elige hacerlo, aunque la familia lo precede en su desviación moral.

\*\*\*

En correspondencia con el proceso de transformación de la nobleza, en el que la protección de los señores por las armas había desaparecido, los nobles pasaron a demostrar su condición a partir de su capacidad para disponer sobre un gran número de dependientes, contexto en el cual los criados servían para la configuración del status de aquellos<sup>10</sup>. Este fenómeno debe ser entendido dentro de la dinámica de la sociedad corporativa antiguorregimental, que reposaba en la existencia de este tipo de redes clientelares. Los mozos tenían un rol doméstico, función que, en tanto que no requería habilidades especiales por parte de quien la desempeñara<sup>11</sup>, podía ser cumplida por los hombres “sin oficio”, esto es, marginales que estaban disponibles para ello, ya que la ley los obligaba a trabajar.

Este tipo de servicio carecía de un carácter económicamente productivo; sin embargo, su relevancia radicaba en que servía en el plano de la reproducción del capital social<sup>12</sup>. La funcionalidad de los marginales como criados denota otro cambio en esta ocupación: durante la Edad Media, cuando el servicio guardaba un carácter caballeresco, la baja nobleza constituía el vivero de personas disponibles para este tipo de actividades<sup>13</sup>, mientras en la temprana Edad Moderna serían en parte los marginales quienes cumplirían la función de reproducción simbólica de la sociedad estamental a través de su inserción ocasional en las casas de la burguesía o de la baja nobleza urbanas<sup>14</sup>.

Por otra parte, el servicio había perdido casi totalmente el sentido de entrega personal como consecuencia de la monetarización de la paga. En la obra que nos ocupa, observamos que en la primera ocasión en que el protagonista es contratado, el convenio deviene de una propuesta “a soldada”, expresión que exterioriza su sentido monetario. Esto implica la reducción del servidor a la condición de asalariado, trastornando los modos tradicionales de relación entre amo y criado y convirtiendo el trato recíproco en prestación y contraprestación mecánicas. La cosificación del trabajo hizo más visible la situación de alienación; consecuentemente, el trabajador reconoció que sus intereses no se identificaban con los de su empleador<sup>15</sup>, contribuyendo a la explicación de los robos y traiciones por parte de los mozos hacia sus amos. En este sentido, M. Cavillac sostiene que “El discurso guzmaniano sobre la vida del criado sometido a los caprichos de su señor (...) apunta a denunciar la desvalorización del trabajo reducido (...) a lo de servir ‘a mercedes’”<sup>16</sup>.

<sup>10</sup> MARAVALL, J.A.: *op cit*, p. 213.

<sup>11</sup> Aunque pueden luego adquirir esas habilidades y ascender en el marco doméstico.

<sup>12</sup> IMÍZCOZ, J. M.: “Las redes sociales de las élites. Conceptos, fuentes y aplicaciones”, *Congreso internacional Las élites en la época moderna: la monarquía española*. Córdoba, 2006, pp. 20 y 21.

<sup>13</sup> MARAVALL, J.A.: *op cit*, p. 200.

<sup>14</sup> MARAVALL, J.A.: *op cit*, p. 200.

<sup>15</sup> MARAVALL, J.A.: *op cit*, pp. 203 y 204.

<sup>16</sup> CAVILLAC, M.: *Pícaros y mercaderes en el Guzmán de Alfarache*. Granada, 1994, p. 504.

En El *Guzmán* se alude a la importancia social de los criados que habían servido a la construcción del honor en el anonimato y olvido, así: “¿Qué sabes o quién sabe del mayordomo del rey don Pelayo ni del conde Fernán González? Honra tuvieron y la sustentaron, y dellos ni della se tiene memoria”<sup>17</sup>. Sin embargo, en la novela se diferencia a estas figuras pasadas de los mozos-pícaros que presentan una enorme diferencia social y estamental respecto a los criados pretéritos, ya que aquellos resultan denostados a lo largo de la obra.

J. J. Ruiz Ibáñez y B. Vincent sostienen que los criados conformaban estructuras verticales, fuera de las cuales, así como de las configuraciones horizontales, quedaban los marginales<sup>18</sup>. Por nuestra parte consideramos que dicha categorización no es suficiente para representar este fenómeno tal como lo hacen las novelas enmarcadas en el corpus de la picaresca -que si bien no exhiben la realidad, sí debieron de tener un grado de verosimilitud-, ya que en ellas se expone cómo los marginales entran y salen permanentemente de dichas redes, motivo por el cual los designamos de este modo y no como excluidos absolutos. Por su parte, J. M. Imízcoz explica este tipo de relaciones a partir de una “economía vertical de intercambio de servicios y contraprestaciones entre desiguales”, que constituían una “economía moral” regida por “obligaciones mutuas vinculantes”<sup>19</sup>. En el *Guzmán* observamos que las fidelidades se guardan no sólo desde los mozos respecto a los señores, sino que éstos también reconocen a los criados como parte de la clientela de cada uno de ellos y los estiman de este modo, en tanto que constituyen parte de su capital social. Así, el embajador de Francia, respeta esta tácita lealtad “debida” al no solicitar el servicio de Guzmán hasta la muerte del Cardenal, su antiguo empleador<sup>20</sup>. Encontramos aquí una similitud con la situación de los aprendices de oficio, pues los maestros debían respetar a los dependientes ajenos. Las fugas causadas por los malos tratos, además de las disputas entre los artesanos por la mano de obra ya calificada, llevaron a que en algunas ordenanzas se prohibiera a los artesanos tomar discípulos huidos de la casa de otro<sup>21</sup>. Hacemos esta referencia porque consideramos interesante subrayar cómo la semejanza de los vínculos de dependencia está alterada por la esencia de cada una: si en el caso de este tipo de mozos encontramos valor social, en el de los aprendices, valor económico. Esto implica la diferencia entre la estimación que adquiere el aprendiz, a través de la calificación, respecto a esta clase de servidores, que sólo pueden entregar su fidelidad temporalmente<sup>22</sup>.

La dependencia, sostiene Imízcoz, “no sólo se imponía desde los poderosos, sino que se buscaba desde abajo como vía para sobrevivir y medrar”<sup>23</sup>. Así, vemos en El

<sup>17</sup> ALEMÁN, M.: *Guzmán de Alfarache*. Madrid, 2006, Séptima Edición (Introducción y notas de José María Micó), p. 293.

<sup>18</sup> RUIZ IBÁÑEZ, J.J. y VINCENT, B.: *Los siglos XVI y XVII. Política y sociedad*. Madrid, 2007, p. 96.

<sup>19</sup> IMÍZCOZ, J.M.: *op cit*, p. 19.

<sup>20</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, III, 10, p. 464.

<sup>21</sup> BUCHBINDER, P.: *Maestros y aprendices. Estudio de una relación social de producción (España, siglos XV – XVII)*. Buenos Aires, 1991, pp. 48 y ss.

<sup>22</sup> Como anticipamos, sólo nos estamos refiriendo a una clase de mozos, por lo cual no aplicamos esta calificación a otros criados como los agrícolas o aquellos que tenían puestos de importancia vital para el funcionamiento de la casa.

<sup>23</sup> IMÍZCOZ, J.M.: *op cit*, pp. 17-23.

*Guzmán* una oferta de ocupación en la que al personaje le es prometido un ascenso que lo conduciría hasta la Corte, pero sabemos que sólo al criado que sirve en la esfera militar del caballero se lo podía compensar elevándolo socialmente, mientras el mozo doméstico sólo era remunerado<sup>24</sup>. La novela refiere cómo la fidelidad y la fama de la persona podría beneficiarla:

“que, como acostumbrese a llevar algunos cargos y fuese fiel y conocido, tenía cuidado de buscarme un traidor de un despensero (...) Hacía confianza de mí, enviábame solo, que llevase a su posada lo que compraba. Desta continuación y trato, que no debiera, me cobró amistad. Parecióle mejorarme sacándome de aquel oficio a sollastre o pícaro de cocina...”<sup>25</sup>.

Este contrato informal guarda un carácter lúdico, donde el servidor es tomado de manera solitaria, a diferencia de otros convenios, como los de aprendices o criados agrícolas, en los cuales el marco social tiene mayor importancia, en tanto sus padres los entregan para cumplir una labor que se retribuirá con su calificación y probablemente con la dote que les permitirá acceder al matrimonio<sup>26</sup>.

Si el ingreso como servidor tiene un carácter azaroso, la permanencia y el ascenso no lo son pues dependen de la voluntad del señor, que resulta movilizada en parte por la sensibilidad, de modo no racional. El protagonista tiene una visión transitoria de la servidumbre, (“no me pareció para de presente malo”)<sup>27</sup>, sin embargo, podemos observar que si bien se trata de una ocupación transitoria con cada uno de los señores, no lo es en la totalidad de la carrera del pícaro, ya que el servicio para amos diversos ocupa gran parte de su existencia. Desde el inicio de la novela, el narrador exhibe su aversión a dicha ocupación, vinculando este sentimiento con su posición social pretérita, ya que se identifica con el estamento de los amos<sup>28</sup>; esta inclinación a diferenciarse respecto a los demás criados por su origen de clase se reitera a lo largo de la obra. Así, podríamos encuadrar al personaje entre los pobres que, según Maravall, impulsados por condiciones personales y en contacto con los ricos, que les proporcionaban cierta cultura, creerían que por su aprendizaje podrían introducirse entre ellos<sup>29</sup>. Según J. C. González Hernández, marginal es aquel sujeto que pertenece a dos o más grupos diferentes, con la consecuente desorganización psíquica y social que lo llevan a la criminalidad y la transgresión de las normas<sup>30</sup>. Siguiendo el análisis de J. A. Maravall, el autor introduce el concepto de anomia<sup>31</sup>. Esta conducta estaría generada en el período que estudiamos, porque ya no hay resignación al estado na-

<sup>24</sup> MARAVALL, J.A.: *op cit*, p. 200.

<sup>25</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 5, p. 299.

<sup>26</sup> DUBERT, I.: *op cit*, p. 12. ROCA FABREGAT, P.: “¿Quién trabajaba en las masías? Criados y criadas en la agricultura catalana (1670-1870)”, *Historia Agraria* Nº 35, Murcia, 2005, pp. 52 y 79.

<sup>27</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 1, p. 270.

<sup>28</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 1, p. 270.

<sup>29</sup> MARAVALL, J.A.: *op cit*, p. 74.

<sup>30</sup> Estos hombres sin anclaje buscan las conductas “imitando”, con consiguientes conflictos ideológicos. GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, J.C.: *op cit*, p. 151.

<sup>31</sup> GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, J.C.: *op cit*, p. 152. Maravall toma la categoría de T. Parsons. Vid PARSONS, T.: *El sistema social*. Madrid, 1966, pp. 262 y ss.



tural medieval –basado en la estratificación de los hombres, en la cual pobres y ricos se complementan<sup>32</sup>–, conllevando trastornos para aquel que está disgustado con su posición y pretende ascender en una sociedad estamental definida por una ordenación divina, según la ideología dominante.

En este contexto, en que la resignación estimable en un subalterno está ausente – conformismo que era esperable socialmente y que debía conducir al sometimiento de estos hombres–, el narrador oscila entre el elogio de la vida vagabunda y la valoración de la cómoda existencia del criado, ambas condenadas por la sociedad; sin embargo, el servicio resultaba deshonoroso por la falta de libertad, generando un repudio rencoroso de los jóvenes que no encontraban otra ocupación<sup>33</sup>.

Este resentimiento por la propia condición ayuda a explicar las prácticas de los criados en casa de sus señores, que van de la provocación a la delincuencia, produciendo habitualmente su expulsión, cuando dichas conductas resultan inadmisibles para el amo. Sin embargo, en el caso que nos ocupa, el primer trabajo es abandonado por el pícaro: si bien se trata de una vida descansada, él la cambia por la de vagabundo, considera que quedarse es deshonoroso: (“no quisiera ser allí hallado y en aquel oficio, por mil vidas que perdiera”)<sup>34</sup>, y compara la cobardía de quien sacrifica su libertad en pos de la seguridad, con la valentía de los jóvenes mendigos que deambulan por los caminos a pesar de los riesgos penales y económicos de dicha existencia<sup>35</sup>. Según Maravall, “el pícaro (...) sabe que tiene que someterse al gobierno y a la fuerza de los poderosos; pero trata de ganar el máximo de libertad o mediante renuncia o mediante engaño”<sup>36</sup>, pues la libertad picaresca persigue la autonomía del individuo respecto a cualquier otro.

Además, el narrador considera vergonzosa la servidumbre por la clase de sujetos que están ocupados en ella, con quienes él no se identifica. Así, los criados y criadas son considerados como:

“...un criado bellaco, sisador, mentiroso, como los de hogaño. Y si va por atajo, ha de ser tonto, puerco, descuidado, flojo, perezoso, costal de malicias (...) necio y desvergonzado en gruñir. Una moza o ama que quiere servir de todo, sucia, ladrona, con un hermano, pariente o primo, para quien destaja tantas noches cada semana; amiga de servir a hombre solo, de traer la mantilla en el hombro, que le den ración y ella se tiene cuidado de la quitación, cuando halla ocasión”<sup>37</sup>.

Este tipo de consideraciones, que resultan en una enumeración de injurias que van de la descalificación a la acusación, es constante a lo largo de la obra. Podemos observar asimismo que la crítica de las mujeres es aún más acerba, pues se suma la condena social aparejada a su carácter de virtuales prostitutas y de robar para mantener

<sup>32</sup> GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, J.C.: *op cit*, p. 163.

<sup>33</sup> MARAVALL, J.A.: *op cit*, p. 219.

<sup>34</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 2, p. 274.

<sup>35</sup> MARAVALL, J.A.: *op cit*, p. 274. Este discurso que remite a la caballería y la heroicidad pero a través de la exposición de un antihéroe puede tener relación con el Quijote.

<sup>36</sup> MARAVALL, J.A.: *op cit*, p. 332.

<sup>37</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 4, pp. 295 y 296.

a otros hombres<sup>38</sup>. A diferencia de sus compañeros, el protagonista promete, cuando lo contratan, hacer “lo que mandaren y supiere hacer o pudiese trabajar; que quien se pone a servir ninguna cosa debe rehusar en la necesidad, y a todas las de su obligación tiene alegremente de satisfacer”<sup>39</sup>, exponiendo de este modo lo que podríamos considerar el ideal del buen criado, que radica en la subordinación y fidelidad absolutas. Estas características no se pueden cumplir según el autor en la realidad porque las conductas de los sujetos contratados para este tipo de ocupaciones son substancialmente opuestas a estas cualidades. En este enunciado encontramos además la irónica combinación de la ética del truhán y el deseo de distinción de Guzmán.

El segundo libro abarca la etapa del derrotero del protagonista en la que el servicio, si bien es alternado con períodos de vagabundeo, cobra un papel predominante en su supervivencia y es aquí donde lo encontramos por primera vez actuando como servidor. Su contratación guarda un carácter azaroso según vemos desde este primer convenio, y constatamos a lo largo de la novela. Quien lo emplea presupone el carácter fugitivo del muchacho que estaría “huyendo de casa de su padre o de su amo”<sup>40</sup>, mostrando así la personalidad esquiva de este tipo de servidores, característica que, aunque resulta conocida, no genera aversión, sino que se admite que estos jóvenes no sólo estaban en disponibilidad para servir, sino que eran adecuados a esta función. Esto pone en cuestión la imagen del marginal como sujeto rechazado, que el autor presenta a título personal en el prólogo a la obra.

Esta forma de contratación causa la socialización marginal dentro de las casas de los señores, donde las conductas desviadas resultan admitidas y, en algunos casos, provocadas por ellos, fenómeno recurrente y reconocido incluso entre los moralistas<sup>41</sup>. La novela hace referencia a que los amos dan “corto salario” a sus criados y “se sirven de necesitados y dellos hay pocos que sean fieles”<sup>42</sup>, según sostiene el narrador, provocando de este modo los robos. Así, el embajador de Francia “No me señaló plaza ni oficio: generalmente le servía y generalmente me pagaba. Porque o él me lo daba o en su presencia yo me lo tomaba en buen donaire”<sup>43</sup>. El mozo considera así tener derecho a hurtarle al señor aquello que debería pagarle.

Los miembros de la casa constituyen un ámbito familiar alterado por la asimetría en las posiciones que los diversos actores ocupan allí. Debemos recordar que nos referimos especialmente a los casos en que jóvenes marginales se instalaban temporalmente en las casas de la baja nobleza y burguesía urbanas, a diferencia de los criados con funciones jerárquicas o aquellos que podían encontrarse en las zonas rurales. La novela refracta, además, una sociedad estamental en la cual amos y criados, aunque convivan cotidianamente, no pueden mezclarse culturalmente ya que constituyen dos sectores diferentes, tal como refleja la ley. Esto nos remite nuevamente a la confi-

<sup>38</sup> Esto se vincula con la última secuencia en la que Guzmán es contratado en una casa, donde tiene a cargo la administración de la hacienda de una viuda. Allí él se amanceba con una esclava ladrona. ALEMÁN, M.: *op cit*, Segunda parte, III, 7, p. 477.

<sup>39</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 5, p. 301.

<sup>40</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 1, p. 270.

<sup>41</sup> J. A. MARAVALL: *op cit*, p. 210.

<sup>42</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 5, p. 314.

<sup>43</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, III, 10, p. 465.



guración que encontramos en la casa de los maestros artesanos, donde el joven se adscribía a una unidad doméstica, que sería su nueva familia, responsabilizándose de satisfacer sus necesidades básicas<sup>44</sup>. Sin embargo, la diferencia radica en que estos aprendices no cortaban los lazos con sus padres, que seguían siendo sus garantes y, en muchos casos, los jóvenes servían de nexo entre varias unidades de artesanos<sup>45</sup>. Nuevamente encontramos similitudes formales alteradas por la esencia de la relación establecida: los criados que aquí abordamos no tienen vínculos parentales y no sirven a la configuración de este tipo de redes. Pero hay otra diferencia en la naturaleza de ambas relaciones, marcada por el carácter transitorio y parasitario de los servidores que aquí analizamos, pues se trata de sujetos que proceden de un ámbito de pobreza marginada que no se readapta al mercado de trabajo lucrativo, mientras los aprendices sí se incrustan como productores de manera permanente en una unidad familiar<sup>46</sup>. Esto también explica el contraste en sus conductas respectivas, pues los mozos no tienen nada que perder. Si bien los aprendices podían realizar pequeños robos en casa de sus maestros, consideramos, a partir de las cuestiones analizadas previamente, que dichos robos, a pesar de que pudieran ser más o menos frecuentes, eran realizados por sujetos no marginales que, *a partir de dicha conducta* podían ser luego marginalizados como delincuentes<sup>47</sup>.

Los mozos asimilan diversas formas de hurto a partir de la relación con sus amos, funcionando como cómplices de los sujetos integrados socialmente, que necesitan su intervención. Guzmán se instruye en variados trucos para estafar en su primer trabajo: el arriero a quien sirve lo induce a ello, incitándolo a sisar parte de lo que debería entregar a otros, o trocándolo por porciones de menor calidad, acción a partir de la cual el criado interioriza estas prácticas y las utiliza también en beneficio personal<sup>48</sup>. Los amos hacen uso de los servicios de estos sujetos traicioneros y poco confiables, así, el narrador se vale de su mirada marginal -distante de los diversos sectores sociales- y sostiene: "...mi amo y sus compañeros, yo y los míos, ayudantes y trabajadores, teníamos más que hacer en poner cobro a lo hurtado que sazón a los manjares ¡Cuál andaba todo, que sin orden, cuenta, ni concierto!"<sup>49</sup>. De este modo, según el autor todos los hombres resultan deshonestos y cada uno de ellos manifiesta a su modo este rasgo de la condición humana.

Todos resultan, juzgados por el pícaro-atalaya, delincuentes, en acuerdo con la perspectiva pesimista de Mateo Alemán. Pero podemos especificar cuatro tipos de transgresión, si clasificamos por los grupos participantes en ella: por un lado los patronos, robando en el marco de sus propias ocupaciones (recordemos al respecto los aportes acerca de los burgueses, usureros y financieros realizados por M. Cavillac), que no es rapiña menor ni doméstica, sino una maquinaria de la sisa del excedente

<sup>44</sup> BUCHBINDER, P.: *op cit*, p. 44.

<sup>45</sup> Este fenómeno guarda similitudes con la dinámica que se observa en el caso de los aprendices de oficio o los criados rurales. Vid ROCA FABREGAT, R.: *op cit*, p. 73 y BUCHBINDER, P.: *op cit*, p. 51.

<sup>46</sup> BUCHBINDER, P.: *op cit*, p. 27.

<sup>47</sup> GEREMEK, B.: *Les marginaux parisiens aux XIV et XV siècles*. Saint Amand, 1990, p. 122.

<sup>48</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 1, p. 270.

<sup>49</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, p. II, 6, 325.

social dañina para el reino. Según este autor, en el *Guzmán*, “en virtud de la comunidad adánica de la sangre, pícaros, nobles y poderosos reman en la misma galera”<sup>50</sup>.

En segundo lugar los hurtos que realizan los mozos sobre los bienes de los señores dentro de la economía doméstica, que pueden ser mayores o menores<sup>51</sup>.

En tercer término encontramos los robos y engaños entre los propios criados, actividad que contradice la posibilidad de que formaran alianzas o grupos de pertenencia consolidados y estables, según la óptica del autor<sup>52</sup>. En consonancia con el desprecio que siente el protagonista por sus pares y en su convicción de poseer mayor astucia, encontramos los robos de las escasas pertenencias -especialmente textiles- que luego puede intercambiar:

“... que todos eran unos leños, lerdos, poco bulliciosos, así delante como detrás de su señor. Tan tardos en los mandados, como en levantarse de la cama. Flojos, haraganes, descuidados, que por ser tales holgaba de hacerles tiros, acomodándolos de medias, ligas, cuellos, (...) y lo más que podía, de que poblaba el jergón de la cama de mi compañero, porque no lo hallasen en la mía. En los aires lo trocaba por otro y, aunque fuera por hierro viejo, no había de quedar en mi poder. Tuviera cada uno buena cuenta con su hatillo, que si un punto se descuidaba, ojos que lo vieron ir, nunca lo vieran volver”<sup>53</sup>.

La venta inmediata de la prenda conseguida -o su consumo, si se trata de comida- es parte de la práctica de la rapiña dentro de la casa, que los servidores ejecutan contra sus amos pero, tal como vemos, también entre ellos, para evitar que al hallarlas en su posesión, sirviesen de testimonio de su delito.

Por último, los robos menores realizados en conjunto por ambos sectores sociales, donde encontramos la alianza temporal, dentro del ámbito doméstico, entre el amo y aquel que, o bien ya le robó, o bien podría hacerlo. Las asociaciones efímeras entre criados y señores propuestas por los últimos dan oportunidades ocasionales a los mozos para operar en pequeños delitos compartidos con sus amos. Así, cuando Guzmán roba el vaso de plata a su señor, encuentra la colaboración de su ama -que engaña aquí al jefe de la casa en complicidad con un subalterno- para reemplazarlo y, gracias a esta alianza, logra sacar beneficio de ese hurto<sup>54</sup>. El robo realizado por el criado cobra un sentido diferente del original gracias a la intervención de su señora, que necesita del mozo, con lo cual le otorga al servidor una nueva oportunidad para tener una ganancia, estafándola a su vez. Los señores parten de la consideración de

<sup>50</sup> CAVILLAC, M.: *op cit*, p. 486.

<sup>51</sup> Aquí debemos referir a dos episodios que no trataremos porque pertenecen a otra parte de la obra y la extensión de este trabajo no lo habilita. La estafa que realiza Aguilera, mozo de un mercader, en alianza con Guzmán y Sayavedra, que se desarrolla en el capítulo quinto del segundo libro de la segunda parte de la obra, donde vemos la intervención del criado en la actividad económica de su amo. ALEMÁN, M., *op cit*, Segunda Parte, II, 5, pp 228 y ss. En esta misma dirección, debemos aludir a la malversación que realiza el protagonista cuando administra la hacienda de su ama que es narrada en el capítulo séptimo del tercer libro de la segunda parte de la obra ALEMÁN, M., *op cit*, Segunda Parte, III, 7, pp. 473 y ss.

<sup>52</sup> Esta suposición resulta contradicha en el propio argumento de la novela, a través de la descripción de la cofradía de mendigos romanos ALEMÁN, M., *op cit*, III, 2, pp. 384 y ss.

<sup>53</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, III, 7, pp. 437 y 438.

<sup>54</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 5, pp. 305 y 306.

los criados como ladrones<sup>55</sup>, sin embargo se ven obligados a confiar temporalmente –cuando resulta ineludible– en su fidelidad, que encuentran sólo si los mozos pueden aprovechar esta oportunidad para su propio beneficio –traicionando a quien contó con su complicidad.

En relación con este fenómeno, encontramos vínculos estrechos entre amos y criados –que también tienen reminiscencias de los lazos que se establecían dentro del artesanado– pero esto está en abierta contradicción con la relación real de traición entre ambos grupos, ya que el engaño, tanto por parte del marginal como de sus amos, termina por diluir el vínculo. El narrador sostiene que los criados buenos deben ser más amados que los hijos malos<sup>56</sup>, sin embargo esta afirmación resulta discutida dentro del propio argumento de la obra, que exhibe la imposibilidad de que existan criados buenos, tal como adelanta el autor en el prólogo.

El trabajo de servicio puede, como consecuencia del favoritismo y tolerancia de los señores, devenir en una educación nociva para el criado si es excesivamente consentido por los amos que, sin embargo, poseen una posición de superioridad respecto al dependiente, señalando así que es su decisión otorgarle determinados beneficios a cambio de su lealtad<sup>57</sup>. La relación de traición del criado y su consideración resulta teñida por el afecto que el amo puede sentir por su mozo, lo cual induce el perdón frente a sus robos y engaños. Además, el subalterno es obsequiado con objetos residuales –práctica corriente porque ellos no podrían adquirirlos de otro modo<sup>58</sup>, pero estos son revendidos, industria que se aplica también a los bienes robados: “Por cualquiera niñería que hiciera, todos me regalaban: uno me daba una tarja, otro un real, otro un juboncillo o sayo viejo...”<sup>59</sup>. Así, una práctica habitual y legítima dentro de la microsociedad que conforma la casa puede reproducirse y aplicarse a la reventa de objetos robados.

A lo largo de la obra se reitera que Guzmán se pierde por la mala influencia que ejercen los criados con quienes él socializa. La condición viciosa de aquellos que acompañan al pícaro es un tópico procedente de las recomendaciones de la moral en su función educativa<sup>60</sup>. Sin embargo, la narración muestra que el protagonista tiene mayores inclinaciones por la delincuencia y el juego que los demás servidores, ambos relacionados entre sí, ya que los robos sirven para sustentar su vicio, de ahí

<sup>55</sup> “De todas estas travesuras [pequeños hurtos], por maravilla llegaban de mil una en los oídos de mi amo, ya porque los agradaba, no querían ponerme mal y me echara de casa, o ya porque, aunque me lo reñían, viendo que todo el mundo era uno, de nada se admiraban.” ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 6, p. 319.

<sup>56</sup> ALEMÁN, M. *op cit*, III, 9, p. 452. Aseveración hecha en referencia al cardenal que, como no tiene hijos, ama a sus criados a quienes castiga –según la mirada cándida del protagonista respecto a dicho personaje– sólo con fines educativos. Sin embargo, el estudio de CAVILLAC, M. demuestra que la influencia del prelado lo pervierte. CAVILLAC, M.: *op cit*, pp. 494 y ss.

<sup>57</sup> Incluso moralistas y costumbristas denunciaron el gasto de los amos para agasajar a las sirvientas. MARAVALL, J.A.: *op cit*, p. 206.

<sup>58</sup> ROCA FABREGAT, P.: *op cit*, p. 81 y DUBERT, I.: *op cit*, p. 10.

<sup>59</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 5, p. 302.

<sup>60</sup> MARAVALL, J.A.: *op cit*, p. 317. En varias obras picarescas encontramos también la mala influencia que pueden ejercer los criados sobre los jóvenes de la casa, así como sobre las mujeres, comenzando por un antecedente del género, *La Celestina*. Asimismo los “avisos” de Liñán y Verdugo, más asociados a las recomendaciones de los moralistas, encontramos esta idea. A. LIÑÁN Y VERDUGO: *Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte*. Madrid, 1980.

su prohibición. En este punto resulta fundamental observar la escisión Guzmán-otros servidores idealizada por el narrador y utilizada para justificar su desviación: “Sólo quiero decir que estos desórdenes en todos me hizo a mí como a uno dellos. Andaba entre lobos: enseñéme a dar aullidos”<sup>61</sup>, aquí debemos atender a la bestialización de este sector social y su asimilación a fieras temibles. Prosigue:

“... pues degeneré de quien era, haciendo lo que no debía. Perdíme con las malas compañías, que son verdugos de la virtud, escalera de los vicios, vino que emborracha, (...). Cuando comencé a servir, procuraba trabajar y dar gusto; después los malos amigos me perdieron dulcemente”<sup>62</sup>.

Así queda anulada la posibilidad de que puedan encontrarse mozos honrados, pues en caso de que un hombre lo fuera en el momento de ingreso en la servidumbre, su corrupción sería ineludible por la propia socialización dentro del ámbito doméstico. Luego continúa refiriéndose a la diferencia entre aquellos que están entrenados en el robo y él, que es novato. Además, indica que el servicio sirve para medrar gracias a los hurtos domésticos, otorgándole a la ocupación un sentido diferente del original:

“No puse los ojos en mí, sino en los otros. Parecióme lícito lo que ellos hacían, sin considerar que, por estar acreditados y envejecidos en hurtar, les estaba bien hacerlo, pues así habían de medrar y para eso sirven a buenos. Quise meterme en docena, haciendo como ellos, no siendo su igual, sino un pícaro desandrajado”<sup>63</sup>.

Esta última referencia a su propia imagen vuelve la mirada sobre la representación de la indumentaria durante el antiguo régimen, donde los textiles constituían una marca del status de las personas y, así, de su valor moral. Las novelas picarescas aluden repetidas veces a la indumentaria de los agentes de cada estamento, como a la utilización de este artificio por parte de los pícaros, que alternan su apariencia en pos de simular diferentes posiciones sociales<sup>64</sup>.

En el inicio de su experiencia como ladrón dentro de la casa, el pícaro confunde valorativamente el actuar de sus compañeros; según vemos, el personaje ha hecho una evaluación al respecto. Aquí se indica el comienzo en la carrera en la que se destacará más tarde por ser sus robos más grandes y arriesgados. Sin embargo, reconoce que empieza siendo “inocente” respecto a sus compañeros, a quienes imita a pesar de su diferencia de origen.

<sup>61</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 5, p 315.

<sup>62</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 6, p. 318.

<sup>63</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 6, p. 318.

<sup>64</sup> Según J. L. Sánchez Lora, en la cultura barroca “incluso los conceptos e ideas más abstractas y sutiles han de ser reducidos a encarnadura plástica capaz de ser captada por el ojo (...) concebido como el supremo instrumento de conocimiento, en el que radica el mayor criterio de verdad”, el autor alude al “paulatino valor autónomo que tales encarnaduras, representaciones o apariencias de las cosas alcanzan, por donde la representación visual viene a constituirse en valor sustantivo independiente, es decir, la realidad sustituida por apariencias de realidad (lo simulado real alcanza categoría de realidad misma, única y sin alternativas) (...) jugándose siempre el ser o no ser en un golpe de apariencia” SÁNCHEZ LORA, J.L.: “Barroco y simulación: Cultura de ojos y apariencias, desengaño de ojos y apariencias, *Cultura y culturas en la historia*. Salamanca, 1995, p. 75.

El narrador utiliza el tiempo ocioso dentro de la casa, no para holgazanear sino para ampliar su riqueza, ocupándose de vender los trastos de los demás criados, actividad en la que adquiere destreza entre los mozos<sup>65</sup>. Este negocio guarda relación con la venta de aquellos bienes que el criado roba o le son regalados por sus amos<sup>66</sup>. De este modo, tanto la socialización marginal en la casa del señor, como la propia relación entre él y los otros servidores, fomentan la práctica delictiva entre los criados.

La causa de los vicios también será, según la óptica proyectada en la narración, la ociosidad que, debemos recordarlo, era la premisa de la persecución de los vagabundos y una preocupación en las sociedades tradicionales. La novela resulta funcional a la reproducción de dicha concepción social: “La ociosidad ayudó gran parte y aun fue la causa de todos mis daños. Como al bien ocupado no hay virtud que le falte, al ocioso no hay vicio que no le acompañe”<sup>67</sup>. Esta práctica es compartida por los demás criados, según menciona: “Todos jugaban y juraban, todos robaban y sisaban: hice lo que los otros”<sup>68</sup>, pero a lo largo de la obra constatamos que esta práctica no es parte de la socialización de los servidores, sino que está presente entre las licencias de los amos, con quienes el narrador pretende compartir algunas características identitarias. Las descripciones de los hurtos están usualmente acompañadas por la de su habilidad en el juego, aparejando ambas actividades y la destreza desarrollada en ellas.

El joven comienza a robar valiéndose de la confianza ganada previamente. La apelación a la familiaridad del amo es una herramienta fundamental para el éxito en los robos:

“Luego que allí entré, no se hacía de mí mucha confianza. Fui poco a poco ganando crédito, agradando a los unos, contentando a los otros y sirviendo a todos; porque tiene necesidad de complacer el que quiere que todos le hagan placer”<sup>69</sup>.

A partir del análisis de este pasaje podemos inferir asimismo que si los criados se comportan de manera servicial –como deberían– sólo lo hacen con el objetivo de poder garantizarse oportunidades para traicionar a sus amos. Pero Guzmán gana una credibilidad exclusiva que, sumada a su ingenio –virtud que no comparten los demás criados–, le permite conseguir que sus compañeros resulten sospechosos. La perspicacia, fundamental para la supervivencia del pícaro y basada en la adaptación veloz a diversas circunstancias, se aplica aquí a la sisa doméstica, pero también podemos observarla en otro tipo de actividades callejeras, en las cuales necesita también contar con la confianza de aquel a quien engaña, estafa o roba, lo cual torna sobre la discusión acerca del descrédito y rechazo que generaba este tipo de marginales en la sociedad global.

Así, observamos que la traición a los otros mozos es parte del éxito de Guzmán para los robos dentro de la casa:

<sup>65</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 5, p. 311.

<sup>66</sup> Aquí debemos referir la asimilación ladrón-mercader, que no desarrollaremos porque no es pertinente al tema de este estudio.

<sup>67</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 6, p. 318.

<sup>68</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 5, p. 315.

<sup>69</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 5, p. 308.

“Muchas cosas que hurtaba las escondía en la misma pieza donde las hallaba, con intención que si en mí sospehasen, sacarlas públicamente, ganando crédito para adelante; y si la sospecha cargaba en otro, allí me lo tenía cierto y luego lo trasponía”<sup>70</sup>.

Sin embargo la credibilidad ganada no es absoluta, sino que los amos sospechan y ponen trampas al criado, dándole falsas oportunidades para robar, pero el protagonista reconoce esta práctica y no hurta en estos momentos<sup>71</sup>; de este modo, el engaño mutuo y el duelo de astucia contribuyen al entrenamiento del pícaro en sus malas artes. Este tipo de actitudes que vemos en el ámbito doméstico, vinculadas con la mentira, la traición y el robo, refractan en las que el marginal establece con el resto de la sociedad, tal como hemos observado en otros trabajos sobre el vínculo entre los pícaros en el ejercicio de otras formas de rapiña. Debemos tener en cuenta esta particularidad de los lazos entre marginales porque impide que pueda haber un vínculo permanente con sus amos, pero también entre ellos, negando la posibilidad de que exista una comunidad compacta tal como es denunciado en variados escritos del período, que apelan a exhibirlos como una contracultura con organizaciones permanentes. En este caso vemos que el desprecio por la propia situación –esto es, la ausencia de resignación a su condición, que no es asumida por el pícaro, pero que él reconoce como compartida por los demás- constituye la motivación para la traición.

Todos los criados acostumbran a robar, práctica considerada como parte inherente a la ocupación: “Despensero, cocinero, botiller, veedor y los más oficiales, todos hurtaban y decían venirles de derecho, con tanta publicidad y desvergüenza como si lo tuvieran por ejecutoria”<sup>72</sup>. El narrador encuentra en principio, como analizamos anteriormente, que *había considerado lícito* lo que los criados hacían, denotando que se trataba de una equivocada apreciación suya. Pero cuando ha avanzado en su experiencia como servidor, refiere que los demás mozos evalúan este tipo de robos como parte de una práctica aceptada consuetudinariamente, por lo que no sólo hurtan sino que lo hacen abiertamente. Sin embargo, se trata de una actividad de rapiña consistente en sacar pequeñas porciones de los alimentos que son derrochados en banquetes en los cuales los criados no tienen participación: “No había mozo tan desventurado, que no ahorrara los menudillos de las gallinas o de los capones, (...), desde lo más necesario hasta lo de menos importancia que en una casa de un señor se gasta”<sup>73</sup>. Así, estos pequeños hurtos al patrón no tienen el objetivo de satisfacer el hambre-aspecto que encontramos en *El Lazarillo de Tormes*<sup>74</sup>, sino que se trata de una actitud compulsiva, consecuencia de la convivencia con las riquezas en cuyo goce no participarían de otro modo. Los señores reconocen como parte de la dinámica de la casa las conductas desviadas de los criados, que deben tolerar y admitir en algunos subalternos porque algunos de ellos son marginales -y considerados como tales-, generando un sistema de control relativamente laxo:

<sup>70</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 5, p 304.

<sup>71</sup> ALEMÁN, M.: *op. cit.*, II, 5, p 310.

<sup>72</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 5, p 308.

<sup>73</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 5, p. 308.

<sup>74</sup> ANÓNIMO: *La vida de Lazarillo de Tormes*. Madrid, 1969.



“De todas estas travesuras, por maravilla llegaban de mil una en los oídos de mi amo, ya porque los agradaba, no querían ponerme mal y me echara de casa, o ya porque, aunque me lo reñían, viendo que todo el mundo era uno, nada se admiraban”<sup>75</sup>.

Pero existen algunas reglas que los mozos no pueden quebrar, referidas a los objetos que no deben robarse, al nivel de privacidad que se viola o al método que se utiliza para hacerlo. Quienes están a cargo de la vigilancia del cumplimiento de este tipo de normas son los servidores de mayor jerarquía, mostrando la segmentación del servicio y la fidelidad que implica cada cargo<sup>76</sup>, además del conocimiento de las prácticas de los mozos de inferior condición, en un sistema de vigilancia coercitiva estratificada en el grupo de los subalternos. En la novela, a partir de un robo realizado por Guzmán que excede los límites permitidos, el amo decide poner en funcionamiento esta maquinaria:

“Como era pieza conocida y faltase de allí, comenzó la sospecha general. Mas nunca se entendió que se hubiera sacado menos que con llave contrahecha. Y desto pesara mucho monseñor, tener en su casa quien se atreviera a falsearle cerraduras y más las de dentro de su retrete. Llamó a sus criados principales para que la verdad se supiera. (...) Era el mayordomo un capellán melancólico (...) dijo que llamasen a todos los criados para que, encerrados en una pieza, se hiciera en ellos cala y cata y en sus aposentos, porque obra semejante no era de hombre de razón, sino atrevimiento de criado mozo”<sup>77</sup>.

Finalmente, Guzmán es “azotado y desterrado del servicio de la cámara”, pasando a ser subordinado del camarero<sup>78</sup>, siendo de este modo degradado a servir a un subalterno. Estos marginales pueden ocupar posiciones diversas y cambiar de estado velozmente dentro de la configuración de status en una casa. A lo largo de la obra el personaje se somete no sólo a sus amos sino también respecto a otros empleados a quienes sirve, en el marco de la estratificación de diversos rangos entre los mozos, mostrando los niveles de jerarquía de los criados.

Poco tiempo después de haber entrado al servicio del cardenal, un mozo enseña a Guzmán la metodología para hurtar la cera de las hachas y cómo dicha rapiña es reinvertida por los criados: “...El que puede acaudalar un cabo, ya ése tiene un patrimonio, hace grandezas, compra pasteles y otras chucherías”. Pero también las reprimendas que reciben, castigos que son temidos pero no respetados: “más acaso si en ello lo hallan, en azotes lo paga, que es un juicio. Sólo esto [la cera de las hachas] se permitía hurtar, digo se hurtaba, menos mal, que si se nos permitiera...”<sup>79</sup>, así vemos que los mozos entienden los límites de tolerancia respecto a su proceder.

El narrador critica la actuación limitada, temerosa y mediocre de sus compañeros: “Eran ellos tan rateruelos, que nunca les vi meter mano en otra cosa [que la cera], dejado a parte de comida, que las tales consúmense y nunca se venden. Y aun en

<sup>75</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, II, 6, p. 319.

<sup>76</sup> CARLÉ, M.C.: *op cit*, p. 121.

<sup>77</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, III, 7, p. 440.

<sup>78</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, III, 7, p. 442.

<sup>79</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, III, 7, pp. 436 y 437.

esto hacían mil burradas...”<sup>80</sup>. El protagonista percibe la diferencia respecto a los bienes que son robados, según se vendan o consuman, estableciéndose también la distinción en la astucia que la sustracción de cada uno implica; así, critica los robos menores por considerarlos vulgares, a diferencia de las estafas que él realizará. Debemos atender a esta distinción, ya que los mozos no son grandes ladrones, sino que se dedican especialmente a la sisa en los alimentos. Los criados no solo son acusados por el protagonista por viciosos y traicioneros, sino que fundamentalmente se critica su carencia de audacia, que destaca, además de su condición de perezosos, a Guzmán entre todos ellos:

“El diablo trajo a palacio necios y lerdos, que se dejan caído cada pedazo por su parte; gente enfadosa de tratar, pesada de sufrir y molesta de conversar. El hombre ha de parecer al buen caballo o galgo: en la ocasión ha de señalar su carrera y fuera della se ha de mostrar compuesto y quieto”<sup>81</sup>.

Este retrato de los criados, respecto de quienes el personaje pretende diferenciarse, puede leerse como la representación de un mismo sujeto que, mientras puede tener comportamientos adecuados a la descripción presente en la primera parte del pasaje, a la hora de actuar en su propio beneficio debe mantener las conductas señaladas en la segunda sección.

## CONCLUSIÓN

Los marginales que fueron compulsados a ocuparse durante la temprana modernidad cumplieron ocasionalmente la función de criados dentro de las casas de la baja nobleza, en cuyo seno establecieron vínculos, tanto entre ellos, como con los sujetos integrados socialmente, contribuyendo a la reproducción de sus conductas desviadas. Lo que sugiere *Guzmán de Alfarache* es que de este modo, esta ocupación no devino en su integración social, sino que por el contrario pudo servir como vehículo para el ejercicio de las prácticas que los definían como marginales y que, además, alimentaban la caída en su condición marginada, pues una infracción podía conducir a otras mayores, así como la estigmatización por delincuente conllevaba en estos casos la marginación. Las relaciones dentro de las casas de los señores refractan las que los marginales desarrollan fuera de ese espacio, en un sistema de vínculos volátiles que cambian permanentemente, como consecuencia de la traición y el delito.

Por otro lado, a través de la novela pudimos observar que los marginales que resultan allí denostados son, sin embargo, depositarios de la confianza del resto de la sociedad que los contrata para incluirlos en el ámbito doméstico. Además vemos su lo imprescindible que resulta para la burguesía y la baja nobleza urbanas, que los requieren para los trabajos no especializados y la construcción de su status.

<sup>80</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, III, 7, p. 437.

<sup>81</sup> ALEMÁN, M.: *op cit*, III, 7, p. 437.

Estas observaciones contribuyen a la definición de los marginales como tales: constituyen un sector social fronterizo entre la exclusión y la integración, pueden pasar de ser limosneros a huéspedes de un señor, para ser luego criados, así como ocupar espacios íntimos con los señores y ser inmediatamente excluidos como delincuentes.

## BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- AAVV: *Edad de Oro*, Madrid, 2001, N° 20, ISSN 0212-0429.
- CARRILLO, S. (comp.): *Disidentes, heterodoxos y marginados en la Historia*. Salamanca, 1998.
- CAVILLAC, M.: “Pícaros y pobreza en tiempos del Guzmán de Alfarache: Cristóbal Pérez de Herrera y Mateo Alemán (1594-1604)”, *Torre de los Lujanes*, Madrid, 2003, N°51, ISSN 1136-4343, pp 15-30.
- CÓRDOBA DE LA LLAVE, R.: “Marginación social y criminalización de las conductas”, *Medievalismo*, Año 14, N° 13-14, Madrid, 2004, pp. 293-322.
- CROS, E.: *Literatura, ideología y sociedad*. Madrid, 1986.
- DELUMEAU, J.: *El miedo en Occidente*, Madrid, 1989.
- GEREMEK, B.: *La piedad y la horca. Historia de la miseria y la caridad en Europa*. Madrid, 1989.
- : *La estirpe de Caín*. Madrid, 1991.
- IFE, B.W.: *Lectura y ficción en el Siglo de Oro: las razones de la picaresca*. Barcelona, 1992.
- LEWIS, O.: “La cultura de la pobreza”, en VENDRELL FERRÉ, J. (comp), *Teoría social e historia. La perspectiva de la antropología social*. México, 2005.
- MARTÍNEZ GARCÍA, L.: “Pobres, pobreza y asistencia en la Edad Media hispana. Balances y perspectivas”, *Medievalismo*, N° 18, Murcia, 2008, pp 67-107.
- MEYER-MINNEMANN, K. y SCHLICKERS, S. (eds.): *La novela picaresca. Concepto genérico y evolución del género (siglos XVI y XVII)*. Madrid, 2008.
- MITRE FERNÁNDEZ, E.: *Fronterizos de Clio (marginados disidentes y desplazados en la Edad Media)*. Granada, 2003.
- SANTOLARIA SIERRA, F. (Ed.): *El gran debate sobre los pobres en el siglo XVI. Domingo de Soto y Juan de Robles 1545*. Barcelona, 2003.